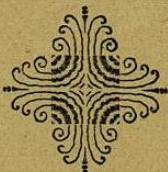


camino. A Ventura le encontraremos en Boca del Río, en la playa.

El nombre de Ventura me dió pretexto para procurar satisfacer mi curiosidad. Pregunté á Carlos si le conocía, y, sobre todo, á su antagonista, cuyo comportamiento caballeresco me había interesado especialmente; pero solo obtuve respuestas vagas, que aumentaron mi deseo de acompañar á Carlos á Boca del Río, donde yo esperaba encontrar á aquellos dos amigos.

Al día siguiente ensillamos los caballos, y algo antes de amanecer salimos del pueblo, todavía envuelto en tinieblas.



## EL PILOTO VENTURA

### I

#### Prólogo de un drama

Nuestra salida de Manantial, señales infalibles anunciaban el próximo desencadenamiento de una tormenta producida por el viento Norte, y pesaba sobre los bosques que atravesábamos la calma precursora de la tempestad.

En toda la naturaleza reinaba un malestar extraño, y un calor sofocante abrumaba á los caballos, aunque habíamos acortado el paso. En vano los pulmones buscaban el aire fresco de la mañana.

A las pocas horas de andar bajo la bóveda de los árboles oímos un rumor sordo é imponente. Era el ruido del mar, al cual nos acercábamos sin poder distinguirlo todavía. Poco después desembocamos en la playa, y pude contemplar con mezcla de alegría y admiración el Océano que toca á las costas de Francia. A lo lejos distinguí á Veracruz con sus campana-

rios y sus cúpulas, el fuerte de San Juan de Vlúa, que salía de las aguas como una roca, y por encima de la cual se dibujaban, en forma de largas flechas, los mástiles de los buques fondeados en la rada.

Accentuábanse los presagios de una gran tempestad: las olas venían á morir en la playa con harta lentitud, los peces saltaban en la superficie del agua, y las aves marinas volaban atontadas, lanzando agudos chillidos. Más allá de la ciudad densas nubes cubrían el horizonte. De repente esa masa de vapores se abrió como se descorre una cortina, y las montañas de Villa-Rica y la sierra de San Martín, desde Tuxtla hasta la embocadura de Goazacoalco, libres del velo que las ocultaba á nuestra vista, ostentaron las azuladas cúspides sobre el fondo de un cielo azul vivísimo.

—¡Pobres de los buques que se encuentren en el golfo, me dijo Carlos, pues el Norte se adelanta espada en mano, y esta noche será de prueba. Ya lo sabremos en Boca del Río.

Nada respondí: completamente entregado á la contemplación del mar, me hallaba combatido por las más encontradas sensaciones. A la alegría de mi regreso se mezclaba una vaga tristeza: el país que iba á abandonar había satisfecho de tal modo mi sed de aventuras que á mí propio me reprochaba el deseo de ir á buscar á otra parte una existencia más tranquila.

Cuando, después de algunos minutos de silencio, confesé algo confuso al jarocho mi deseo de embarcarme en el primer buque que se hiciese á la vela, Carlos me recordó con pena mi promesa de acompañarle á Boca del Río, y me advirtió que además ningún barco podía levar anclas hasta dentro de cuatro días.

Esto me hizo transigir y convenimos en que por lo menos, de los cuatro días de espera forzosa pasaría

uno con él en Boca del Río para ayudarle en sus pesquisas. Boca del Río dista solo cuatro leguas de Veracruz.

Carlos no tenía que hacer más que atravesar la ciudad para dirigirse enseguida á aquel pueblecillo. Yo tenía que detenerme en Veracruz para disponer mi marcha, después de lo cual iría aquella misma noche á reunirme con él.

Poco después entrábamos en Veracruz. Algunos muleteros habían plantado sus tiendas en la playa arenosa y ardiente que rodea la ciudad, aguardando con impaciencia el momento de huir de la costa mortífera que cada viaje devora á algunos de sus compañeros. Más allá varios mozos de cordel negros, habituados á este clima fatal, jugaban ó retozaban dando tumbos por la arena, sin la menor consideración á sus finas camisas de batista, bordadas. No pude menos de comparar á estos hombres tan lujosamente vestidos con nuestros pobres auverneses que desempeñan en las ciudades de Francia el mismo oficio de faquines.

Despedíme de Carlos repitiéndole la promesa de reunirme con él y me encaminé á casa de mi correspondiente.

Había ya cerrado la noche cuando me puse en camino, renegando de la insistencia del jarocho en que le ayudara en su empresa. El viento empezaba á soplar por el Norte cuando llegué á la playa, salvadas las barreras de la ciudad. Enormes nubes, impetuosamente empujadas, oscurecían el cielo, y un frío glacial, procedente de la bahía de Hudson, venía por intervalos á helar el rostro. Las olas se estrellaban mujiendo y arrastraban hasta los pies del caballo una ancha faja de espuma. La tormenta acrecía su furia, á medida que avanzaba, y la oscuridad se hacía cada vez más densa.

Obligado con frecuencia á volver la espalda para

librarme de la lluvia de arena que el viento me arrojaba á la cara, entonces descubría lejos, detrás de mí, la ciudad, que me arrepentía de haber dejado. La farola de San Juan de Vlúa proyectaba á intervalos iguales la viva luz de su llama giratoria, tan pronto sobre Veracruz, medio oculta en la oscuridad, tan pronto sobre la rada, cubierta por una sábana de blanca espuma. También distinguía entonces por momentos los buques anclados, próximos á estrellarse unos contra otros; y en seguida todo tornaba á sumirse en las tinieblas.

El tiempo, como se vé, era muy poco favorable para una excursión nocturna. Sin embargo, yo seguía adelante con resignación, y estaba ya cerca del bosque en cuyo extremo se hallan las casas de Boca del Río cuando distinguí un jinete delante de mí. A cierta distancia parecía un fraile. Inmediatamente me dirigí hacia él y llegué cerca, sin que lo advirtiera. Entonces reparé que lo que había tomado por un capuchón era una *bayeta*, esto es, una capa de lana con mangas, que usan los jarochos de la costa. Aquel hombre no había sentido mis pasos, á causa del estrépito de la tempestad: con una mano puesta sobre las cejas, para esquivar la luz deslumbradora de los relámpagos, miraba con mucha atención, cual si tratase de rasgar el velo negro que cubría el Océano: pero la inmensidad del mar solo dejaba ver la blanca cresta de las olas, que se rizaban bramando bajo la furia del temporal.

En vano le grité con toda la fuerza de mis pulmones; la violencia del viento no dejaba que mi voz llegase hasta él.

De pronto resonó una detonación lejana, y, cual si hubiera sido una señal aguardada con impaciencia, el jinete metió espuelas y arrancó al galope hacia los bosques de Boca del Río. Los árboles le ocultaron á mi vista, al poco rato, y entonces solo me ocupé en

buscar entre los matorrales el estrecho sendero que conducía al pueblo. Conforme esperaba, una vez al abrigo de los árboles, pude caminar con más desembarazo.

A medida que me internaba en el bosque disminuía el ruido de las olas. Hacía cosa de una hora que andaba por debajo de la bóveda de la arboleda en una completa oscuridad, cuando volví á ver casi con disgusto por un claro la línea de espuma que nuevamente me anunciaba la proximidad del mar.

Iba á llegar á Boca del Río, así llamado á causa de su situación cerca de la desembocadura de un río; pero al salir del bosque me esperaba en la playa un espectáculo cuyo interés extraordinario me obligó á hacer un alto allí.

